



Oficinas: Núñez de Arce, 12.

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

Los toledanos debían ser los primeros interesados en ello, y nos cuesta gran dolor confesar que son los menos los que dedican a ésto su atención.

Es absurdo su proceder, pero es, y de la manera más descarada, como si aunque no les importe nada su Toledo, no les importase su yo, su nombre que se mancha, apareciendo ante los ojos de los demás, como seres ineptos para todo lo que sea belleza; que es ésta la esencia del mundo.

La única raza de vida para todos los que la vivimos. Caminamos siempre tras lo bello, como ideal grande; y aquí, que está la mayor de todas las bellezas, la miramos despectivamente.

Y esto no puede ser, hemos de hacer toledanos, que lo sean francamente, sin careta ni estúpida máscara que nos descalifica a todos. ¡Respetemos como se merece a este templo suntuoso y único del arte!

De la época de Cervantes.

CABRERA DE CÓRDOBA (Luis).

Entre los documentos correspondientes a familiares de la Inquisición de Toledo, existe uno en que, según declaración de Luis Cabrera de Córdoba, señala a Ocaña como patria nativa de este escritor (1559).

Nada de particular tiene que, aun cuando oriundo de familia cordobesa, naciera en tierra toledana, recordando que Felipe II retuvo en Toledo, con el cargo de Despensero mayor, al alférez Juan Cabrera, por retirarle de los campos de batalla de San Quintín, donde tan heroicamente murió peleando su padre, el capitán Luis Cabrera, abuelo de nuestro biografiado.

El mismo Luis Cabrera de Córdoba deja entrever que se le puso el nombre de Luis en grato recuerdo a su abuelo paterno, como que usó del apellido de Córdoba para evocar que su heroico ascendiente fué natural de aquella antigua corte musulmana.

Grandes servicios debió prestar a las armas españolas y a la casa de Austria el Capitán Luis Cabrera en Italia, en Alemania y en Flandes, para que lo mismo Carlos I que Felipe II distinguieran al abuelo y al padre de nuestro Luis; pero no de menor importancia debieron ser los que su madre, D.^a María del Aguila Bullón, ejerciera cerca de la corte cuando

las reinas tantas deferencias dispensáronla en todas ocasiones.

De aquellos servicios y deferencias nacerían, sin duda, el aprecio y distinciones que, desde los primeros años de su vida, concedió a Luis Cabrera de Córdoba del Aguila el Rey Felipe II y, después, su hijo Felipe III.

Por eso Luis educóse en la Corte, y por disposición del Monarca efectuó viajes de instrucción que le facilitaron adquirir conocimientos amplísimos en los negocios del Estado.

Y de tal manera hubo de distinguirse, que a los veinticinco años de edad, siendo escribano de ración del Duque de Osuna, a la sazón Virrey de Nápoles, a Luis estaban confiados los documentos relativos a la expedición marítima contra los piratas turcos y venecianos, en defensa de los caballeros de Malta, como un tiempo después intervino en la construcción de algunos de los barcos que formaron con la célebre armada la *Invencible*. Y del satisfactorio resultado de sus gestiones cerca del Pontífice y del Conde Duque de Olivares, embajador en Roma, confiriósele la comisión de averiguar el paradero de Cristóbal de Salazar, antiguo secretario de la embajada española en Venecia, a fin de llegar a una reconciliación entre aquella república y España (1584).

El tumulto ocurrido en Nápoles presentaba ocasión para venir a la península a informar al Monarca respecto a la verdadera situación política de aquel reino, y

en el Real Sitio del Escorial encontrámosle cumplimentando su comisión y suplicando a Felipe II que le concediera un puesto entre las huestes españolas (1585).

Agradáronle al Rey las pretensiones de Luis; recordaba que «de soldados héroes descendía el amiguito del príncipe», y con cartas de recomendación para el Duque de Seminara, destacó al apuesto mancebo, que sin pararse en los peligros que le ofrecían atravesar, en aquel entonces terreno enemigo, internóse en Francia, para de allí llegar más prontamente a Nápoles. Y de Nápoles, con algunas fuerzas a sus órdenes, adelantóse camino de Flandes para noticiar al sitiador de Nuis, el Príncipe de Parma, el arribo de las tropas con que acudía Carlos Spínola, Duque de Seminara; y la rendición de Nuis y el sitio de Rímberghe facilitaron a Luis medir sus energías y condiciones militares.

De nuevo preséntase Cabrera de Córdoba en España para salir seguidamente a Flandes en funciones de Jefe de Estado Mayor con documentación consignada a Alejandro Farnesio. Se discutía si la Armada de España había de cooperar en unión de la de Flandes, de donde regresó Luis a la península para auxiliar al Secretario Andrés de Alba en el equipo de una treintena de navíos que habían de operar contra Inglaterra, y «para ser ocupado en los papeles de Estado», a las inmediatas órdenes del Monarca.

Muertos el Rey Felipe II y el despen



sero real Juan Cabrera, uno y otro hallaron inmediatos sucesores en sus respectivos hijos: el Príncipe Felipe pasó a regir los destinos patrios con el nombre de Felipe III; el fidelísimo Luis pasó a ejercer los cargos de *Grefier de la Reina Nuestra Señora* y de *Cantintero de la Casa Real de Castilla*.

Hallábase enlazado Luis Cabrera de Córdoba con familia de estirpe literaria por su matrimonio con D.^a Baltasara de Zúñiga y Tapia, y ello y su destino en Palacio, engendraronle franca amistad con los ingenios de la época, muy particularmente con Cervantes y con Góngora. Entonces dió a conocer a Cervantes el tratado didáctico que había escrito y que luego publicó en un volumen en cuarto con el título de: *Historia para entenderla y escribirla* (Madrid, 1611); y de tal modo agradó al Príncipe de las letras la obra del Grefier de la Reina que, en el «Viaje al Parnaso», tributóle el elogio de

«No lo harás con éste de ese modo
Que es el gran Luis Cabrera, que pequeño
Todo lo alcanza, pues lo sabe todo.
Es de la Historia conocido dueño,
Y en discursos discretos tan discreto,
Que a Tácito verás si te lo enseño».

Estos elogios animaron a Cabrera a ordenar los apuntes que tenía respecto a la vida de Felipe II y a los sucesos desarrollados durante su reinado, y ocho años más tarde aparecía un volumen en folio con la primera parte de la *Historia de Felipe II* (Madrid, Luis Sánchez, 1619).

Feliz acogida hubo de merecer este nuevo libro de Cabrera. No obstante que los detractores del gongorismo censuraron su redacción, atribuyéndola un estilo tan afectado como confuso, justos y severos críticos encontró como defensores a su obra. En el libro sí imperaba cierto estilo, el de la época; pero redactado con exactitud, con abundancia de noticias y juzgando con imparcialidad notoria los hechos de que Cabrera fué testigo.

Pulsada así la opinión disponíase Cabrera a imprimir la segunda parte de su discutida *Historia de Felipe II*; pero ¡aquí fué troya! Los Diputados de Aragón acuden a Felipe III para impedir la publicación del libro de Cabrera en vista de como se trataban los sucesos ocurridos en aquel reino durante el año 1591; el Monarca so-

mete el asunto a la decisión del Consejo y el manuscrito enviase a Zaragoza para volver nuevamente al Consejo con anotaciones marginales de Bartolomé Leonardo de Argensola, a quien los aragoneses encomendaron la revisión y enmienda; y Cabrera, que no admite advertencias, guarda su *Historia de Felipe II*, decidido a no publicarla nunca o a darla a la imprenta sin otras correcciones que las que él conceptuara pertinentes.

Entretanto no permaneció ocioso en su labor literaria el cronista de Felipe II. Había redactado las *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, decidíase a darlas publicidad cuando murió su esposa (1622); y de tal suerte le afectó la pérdida de tan amado ser, que al año siguiente rindió su vida el hombre de confianza del Rey prudente (1623).

Quedaron, pues, inéditos algunos trabajos, poéticos e históricos, de Luis Cabrera de Córdoba. Mas, para gloria de la Patria, ni el autógrafo de su poema, en octavas reales y en alabanza a San Lorenzo, titulado *Laurentina*, guárdase en la Biblioteca del escurialense monasterio; las *Relaciones de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614*, publicáronse de real orden (Madrid, 1857), y la segunda parte de la *Historia de Felipe II*, juntamente con la primera, fué publicada también, en cuatro volúmenes, en folio (Aribau y Compañía: Madrid, 1876 77).

La *Historia de Felipe II* por Cabrera merece ser estudiada por todo buen toledano. Por ella conocerá a la imperial Toledo «que, como era cabeza de España podía serlo en aquel tiempo de toda la Europa», recibió con hermosas fiestas y sinceras alegrías a la Reina Isabel, que «vestida a la española, de una saya de tela de plata, con infinita pedrería, y un chapeo de copa alto», mostraba su gozo por llegar a la cuna del arte, saludando a la brillante representación de los gremios y del pueblo, y haciendo observar a su esposo «la mucha hermosura que había de las damas de la ciudad y corte, el adorno de los miradores, y calles, las libreas costosas y varias y muchas, que todo hacía un florido campo o lienzo de Flan-

des» (13 Febrero 1560). Y de igual modo que canta a Toledo por su amor a los Reyes, y por la solemnidad y excelente ceremonial con que el pueblo celebró la jura del Príncipe D. Carlos (22 Febrero 1560), recuerda que si con el saqueo de Cádiz causaron los ingleses a la ciudad grandes destrozos, para la restauración de la Catedral de Cádiz «la Santísima de Toledo le dió mucho y apreció igualar a todo lo que las demás Catedrales de Castilla habían aportado (1596), y que en medio de tantos blasones de hidalguía y de heroicidad que exornan los heráldicos de Toledo, sufrió mucho la ciudad por el tristemente célebre Gabriel de Espinosa, el «Pastelero de Madrigal», «natural de Toledo, sin conocimiento de padres, de los echados en la piedra, y que la santa Iglesia piadosa cría».

Eso sí, la segunda parte de la *Historia de Felipe II* fué conocida por la copia que el Archivero Sr. Rodríguez Villa hizo de un manuscrito, existente en la Biblioteca Nacional de París, y que aseguran no ser el verdadero original, porque el original de Cabrera, el enmendado por Argensola, no ha vuelto a parecer.

Adolfo Aragonés.

D. ÁLVARO DE LUNA

La inminente ruina de los restos del histórico castillo de Escalona, por derrumbamiento de gran parte de la muralla, a consecuencia de las grandes y recientes lluvias, dan carácter de oportunidad a la biografía del Condestable D. Alvaro de Luna que lo poseyó. Cuantos datos hemos podido recoger en las obras y documentos consultados—pues los datos históricos no se inventan: hay que buscarlos, comprobarlos y exponerlos—van relatados ordenadamente y con la mayor extensión para el más completo conocimiento de los hechos que al poderoso magnate se refieren.

Muchas veces, visitando en la grandiosa Catedral toledana la capilla de Santiago, donde sobre monumentales sarcófagos se ven las esculturas yacentes de D. Alvaro de Luna y de su esposa D.^a Juana Pimentel, han acudido a nuestra memoria aquellos interesantes relatos que aprendimos

COMPañÍA COLONIAL

Chocolates, Cafés, Tes, Tapiocas.

Depósito general: Mayor, 18, Madrid.

GRANDES FÁBRICAS MOVIDAS A VAPOR EN PINTO

desde niños en los libros de la historia patria y veíamos destacarse, en el apogeo de su poderío, la interesante figura de aquel hábil político y valeroso general que, dominando en el ánimo del Monarca D. Juan II, fué árbitro de los destinos de Castilla en tan revueltos y azarosos tiempos, siendo luego víctima de los odios y persecuciones de aquella díscola y ambiciosa nobleza que consiguió hacer que rodara en el cadalso la cabeza del poderoso valido, cumpliéndose una vez más la amarguísima frase que un siglo antes pronunciara D. Alfonso Fernández Coronel: «*Esta es Castilla que face a los homes e los gasta*».

Nació D. Alvaro de Luna por los años de 1388 y procedía, por su padre, de una distinguida familia aragonesa. Fué hijo bastardo de un caballero del mismo nombre, copero mayor del Rey D. Enrique III y señor de Cañete, de Alfaro, de Jubera y otros pueblos, que murió dejando a don Alvaro de menor edad; con este motivo se encargó de su educación D. Juan Martínez de Luna, en cuya casa se crió con mucho regalo, y por influencia de su tío D. Pedro de Luna, entonces Arzobispo de Toledo, fué a la corte en 1408, donde pasados dos años, el Rey D. Juan II, extraordinariamente prendado de sus condiciones personales, le nombró su paje. Don Alvaro, aunque pequeño de cuerpo, era de muy apuesta figura, vestía con elegancia, cabalgaba muy bien, tenía mucha gracia en el decir y un talento grandísimo, y con tan relevantes prendas alcanzó gran ascendiente con las damas que se disputaban sus obsequios.

En 1414 tuvo la desgracia de perder a su tío el Arzobispo, que era quien le mantenía su casa y estado; pero el Rey, entonces, le nombró su maestresala. Era D. Juan II débil de carácter, más aficionado a los recreos que a los negocios del Estado; buen músico y poeta, pues según su cronista *tañía e cantaba e trovaba e danzaba muy bien*; así es que para entregarse con mayor libertad a sus distracciones favoritas, llegó, pasado poco tiempo, a confiar todo el peso del Gobierno en don Alvaro. Apenas comenzó a conocerse su talento y el favor de que gozaba, se suscitó contra él la envidia de muchos nobles

que querían ocupar su puesto y les disgustaba la privanza del favorito, formándose dos partidos que habían de perturbar hondamente el reino: el de D. Alvaro, que representaba la política monárquica o de oposición a la aristocracia, y que sin otro apoyo que la amistad del Rey y las simpatías del pueblo procuró contrarrestar el influjo prepotente de la nobleza que constituía el partido contrario, en el que entraban, en primer término, los Infantes de Aragón, señaladamente el Infante don Enrique, Conde de Alburquerque y señor de Ledesma, el más audaz de todos ellos.

Cuandó en 1418 falleció repentinamente la Reina madre D.^a Catalina, tutora de su hijo D. Juan II y Gobernadora del reino, casó el Rey con su prima D.^a María, hija de D. Fernando el de Antequera que también había fallecido; siguióse un período de revueltas y trastornos sin que bastara a cortar tantos males la resolución tomada por las cortes celebradas en Madrid el 7 de Marzo de 1419, donde se entregaron a D. Juan las riendas del Gobierno cuando aún no tenía cumplidos quince años. Hubo, con tal motivo, grandes fiestas en Madrid, y en las justas que se celebraron, D. Alvaro de Luna justó con Gonzalo de Cuadros, el cual le causó tan fuerte herida en la cabeza, que estuvo muy cerca de morir; luego que se restableció casó al año siguiente con D.^a Elvira, hija de Martín Fernández Portocarrero, de quien no tuvo sucesión; y muerta esta señora, casó en segundas nupcias con D.^a Juana Pimentel, hija del Conde de Benavente, con la cual tuvo un hijo, en 1435, que se llamó D. Juan y fué después Conde de San Esteban de Gormaz.

Lo débil que era entonces el trono ocupado por un joven inexperto, de carácter irresoluto y poco apegado al mando, y el gran poder de los nobles, ocasionaban continuamente discordias y guerras interiores en las que pueblos, ciudades y hasta provincias enteras, negaron la obediencia al Monarca, teniendo D. Alvaro que trabajar mucho para mirar por los intereses del Rey y provecho del Reino, haciendo frente a las revueltas que continuamente suscitaba el Infante D. Enrique. Este logró apoderarse de la persona del Rey en Tordesillas; pero D. Alvaro supo li-

brarlo recibiendo en recompensa la villa de San Esteban de Gormaz y la de Ayllón, y dos años después (1422), le fué dado el título de Condestable de Castilla y de León y las villas de Escalona y Labrada, con otros bienes que poseía Ruiz López Dávalos, quien se había ausentado del reino temiendo recibir castigo por «ciertos maleficios que había fecho».

El Infante D. Enrique fué preso y sólo recobró la libertad cuando por las instancias y aun amenazas que hicieron sus hermanos D. Alfonso de Aragón y D. Juan, casado con la Reina de Navarra, consideró D. Alvaro, como medida de prudente política, aconsejar al Rey lo pusiese en libertad; pero bien pronto volvió D. Enrique a las intrigas pasadas, consiguiendo la iniquita nobleza, con el apoyo de los valiosos elementos citados, que D. Alvaro saliese desterrado de la corte.

Un año escaso estuvo en su villa de Ayllón, porque al cabo de este tiempo, las cosas del reino estaban en tan mal estado, que hasta sus mismos enemigos clamaron porque volviese el Condestable, que fué recibido en Valladolid en triunfo y entre las aclamaciones de todos.

Gran parte de los daños que sufría la Monarquía fueron debidos al carácter débil del Soberano, el cual transigía en diferentes ocasiones con los inquietos nobles y accedía no pocas a sus exigencias. Sólo así se explica que ahogando en su pecho el cariño que profesaba a D. Alvaro, por tres veces (1426, 1439 y 1441), le hiciese salir desterrado de la corte, alguna con condiciones humillantes para la corona, aunque le llamara otras tantas para deshacer lo andado.

En tan continuadas luchas civiles, la ciudad de Toledo se declaró por el Infante D. Enrique; el Alcalde mayor D. Pero López de Ayala, que primero había resistido las intenciones del Infante de introducirse en la ciudad, abrióle después las puertas, sirviéndole con gentes y dinero para sus proyectos, aunque por precaución no le entregó los alcázares y fortalezas; pero los horrores de la guerra se extendieron por la comarca de Toledo y en combates parciales y asaltos de castillos y villas de la devoción o del señorío de D. Alvaro, se gastaron las fuerzas del

MAZAPÁN DE TOLEDO

Marca TOLEDO registrada

EXPORTACIÓN A TODO EL MUNDO.—CALIDADES GARANTIDAS

GRAN FÁBRICA DE SANTIAGO CAMARASA

TOLEDO



Rey y se consumieron los recursos del erario.

En el año 1429, preparándose una sangrienta batalla entre Castilla y los Reyes de Aragón y Navarra, pusieron entre ambos ejércitos la Reina de Aragón y el legado del Papa, y consiguieron una tregua, que se pactó por cinco años, pudiendo así Castilla emplear sus fuerzas en hacer la guerra a los moros granadinos, dirigida con gran valor y pericia por don Alvaro de Luna.

Reunido un ejército de ochenta mil hombres, en que iba lo mejor del reino, los moros de Granada salieron a hacerles frente con todo su poder, trabándose la batalla el 29 de Junio de 1431, siendo los infieles rechazados hasta la falda de Sierra Elvira. Al día siguiente se renovó la pelea por una escaramuza que trabó el maestro de Calatrava, a quien viendo en aprieto tuvieron que ir a socorrer el Conde de Niebla, Diego de Zúñiga y D. Alvaro de Luna, cada uno con su gente.

Hízose la pelea general y acudió el Rey con más fuerzas, durando la sangrienta lid hasta la noche, en que los moros hubieron de retirarse con gran pérdida, siendo insignificante la de los castellanos. Llamóse esta batalla de la Higuera, por una que había en el campo. Como en el mismo campamento se urdían intrigas contra el Condestable, fué preciso dar por terminada la campaña, concediendo treguas al enemigo, después de haber devastado gran parte del territorio granadino.

A los continuos honores y riquezas que el Rey le otorgaba, haciéndole merced de la villa de Montalbán y nombrándole ayo del Príncipe D. Enrique, mostrábase don Alvaro agradecido a su bienhechor, y así en 1441, sabiendo que el Rey se hallaba cercado en Medina del Campo, voló en su socorro, y pasando por medio de los enemigos, logró ponerse a su lado peleando valerosamente en las calles hasta que el mismo Rey le mandó cesar.

También peleó valerosamente en la batalla de Olmedo, que tuvo lugar el 19 de Mayo de 1445, y que sólo merece el nombre de batalla, atendiendo a la importancia de los personajes que en ella se hallaron, que fueron: por una parte don Juan II, el Príncipe de Asturias D. En-

rique, el Condestable D. Alvaro de Luna, D. Gutierre, Arzobispo de Toledo, el Maestre de Alcántara, el Conde de Haro, etcétera, y por la otra parte: el Rey de Navarra, el Infante D. Enrique con los otros Infantes de Aragón, el Almirante de Castilla, el Conde de Benavente, etc., reuniendo las gentes de ambas partes unos 9.000 hombres, y quedando vencedor el ejército de D. Juan II, siendo herido el Infante D. Enrique, de cuyas resultas murió.

Vencedor en Olmedo, y desembarazado de un adversario temible con la muerte de D. Enrique, vino el Rey a Toledo a hacer valer sus derechos contra la omnipotencia de Ayala, que llevaba ya casi cinco años gobernando como señor independiente.

Entró en la ciudad y ocupó el Alcázar sin obstáculo alguno (Diciembre de 1445), donde se le presentaron gentes de todas clases, dándole quejas del comportamiento del Alcalde y sus demasías, por lo que el Rey, considerando justas las quejas, separó al de Ayala de todos sus cargos, confiriéndoselos a su repostero mayor Pedro Sarmiento, el cual, aun cuando hechura de D. Alvaro, no tardó en mostrarse ingrato contra éste, y desconociendo por muchos meses la autoridad real, cometió todo género de violencias y se declaró jefe supremo del movimiento insurreccional que se produjo en Toledo, como protesta por la contribución que el Condestable impuso a sus moradores para atender a las necesidades de la guerra, y lo que en un principio fué tan sólo un motín local justificable en cierto modo, pasó a ser una rebelión de gran trascendencia y de graves consecuencias, pues Pedro Sarmiento, avaro y cruel por extremo, se aprovechó del mando para enriquecerse y satisfacer antiguos odios, llegando en su osadía, a enviar al Rey, cual de potencia a potencia, unos emisarios pretendiendo imponer condiciones, cuando llegó a su conocimiento que el Monarca con D. Alvaro se hallaba ya en Fuensalida dispuesto a escarmentar a los rebeldes.

A. Escribano.

(Continuará)

EL CERRO DEL BÚ

I

En todos los lugares habitados por el hombre, han existido siempre moradas que las muchedumbres miraron con recelo, despreciándolas y alejándose de sus contornos, por atrayentes que fueran, considerándolas, por noticias orales conservadas, como centro de acción de maléficos espíritus, y de las que, por ingeniosas maquinaciones, o por artes mágicas, se ocasionaron a las pacíficas colonias de núcleos urbanos próximos graves y duraderos perjuicios, de los que eran causa tan sólo desalmados y poderosos seres humanos, podredumbre de la raza.

La ciudad de Toledo, entre otras terribles moradas, cuenta *La Casa del Duende* y *El Cerro del Bú*, del que sucintamente anotaré algunos pormenores.

Alzase éste en la margen izquierda del caudaloso Tajo, al mediodía de la ciudad, y junto al peñasco promontorio denominado *del Valle*.

La *Arqueología* ha descubierto en este sitio restos de un *castro militar* anterior a la dominación romana (1).

La *Historia de los Mozárabes de España* del Sr. Simonet, consigna que en el cerro de las charnecas—o almácigos—que son los peñascales del cerro del Valle, y su contiguo el cerro del Bú, asentó su campamento real un monarca sarraceno, venido de Andalucía para sitiar a los toledanos.

La fantasía popular, basada en la *Historia*, que ha desfigurado, apellidó *del Bú* a tan erguido peñón, transmitiéndonos inverosímiles narraciones de sucesos acaeci-

(1) Véase el folleto *Excavaciones en el Cerro del Bú de Toledo*, por D. Manuel Castaños y Montijano, Toledo MCMV; en 4.º menor. Imprenta de la Viuda e Hijos de J. Peláez.

ANIS DEL MONO

VICENTE BOSCH BADALONA:

FIRMA

BOSCH Y C.ª

Merced, n.º 10

BARCELONA

dos en él, desde el cual se domina gran parte de la ciudad y el camino que desde la misma hasta él asciende y conduce.

Actos heroicos allí realizados. cuerpo a cuerpo y mediante flechas lanzadas por robustos brazos de contrarios combatientes; episodios amorosos tiernísimos, cuyos testigos fueran los peñascos, los almácigos y las fortalezas solitarias y tal vez derruidas del renombrado cerro; alucinaciones de cerebro soñador, tocado por lastimosa enfermedad o debilitado por herencia, y temeroso de lo desconocido, base primordial del miedo; todos estos factores, sumados en el lento correr de los siglos, han ido acumulando materiales adecuados para la creación de verdaderas *leyendas*, que son y fueron en pretéritas edades el terror de la infancia y los seres degenerados.

II

Enumerar las precitadas *leyendas* sería labor difícil; cada vecino refiere alguna distinta de las más conocidas.

Supónense en unas, misteriosas apariciones de guerreros en las quebraduras de la montaña finados, cuyas lastimeras voces demandando aún cariñosos asistentes, creen haber oído algunos meticulosos habitantes de barrios próximos en las negruras de noches invernales.

En otras se pretende asegurar la realidad de la existencia de luces, que al parecer, eran secundadas por otras idénticas,

como respondiendo a planes por la estrategia concebidos. Algunas, quizá con más ribetes de razón, afirman que de aquel cerro y sus diabólicas fortalezas, partieron repetidas ocasiones numerosas ordas de fanáticos moros, para sorprender y pasar a filo de alfanje a los cristianos encargados de custodiar las murallas y Puerta del barrio de los Curtidores o del Barco, en noches en que densas nubes ocultaban a la reina de las tinieblas, mientras el huracán lanzaba con furia sin medida el agua, casi helada, de la lluvia contra los edificios y los pocos mozárabes que con denodado tesón rondaban y guardaban a sus conciudadanos de las asechanzas de la morisma.

III

La crítica moderna, en atención a las noticias que preceden, calificará con acertado criterio bien de *leyendas*, bien de *tradiciones*, los históricos fabulosos acontecimientos relacionados con el temible toledano cerro y narrados en novelesca forma por los habitantes de la ciudad imperial de sucesivas centurias: mas téngase en cuenta que las relaciones populares siempre han contenido y contienen *algo de verdad*, *verdad* que motivó la creación de la *tradicción* o *leyenda*.

Como prueba de lo que afirmo, en cuanto al *cerro del Bú* se refiere, véase cómo menciona la *fortaleza* derruida que existió

en el mismo, una *escritura* de la Era 1202, la cual se haya transcrita en la obra de D. Francisco Pons Boigues, *Apuntes sobre las Escrituras Mozárabes Toledanas que se conservan en el Archivo Histórico Nacional*—Madrid, 1897.—Dice así: «*La Torre de los Diablos*, al otro lado del Tajo y distrito de San Félix, y cuyos linderos (*de la finca que nombra*), son: al E. plantío de D. Esteban, el de Camarena; al O. senda pequeña que conduce desde el citado río a los caminos que hay en el sitio mencionado (*cuesta desde el Barco a la Ermita del Valle*) y a otros; al S. plantío de don Andrés Al-Barchenisi, y al N., otro plantío de Pedro Izquierdo». Página 58 de dicha obra (1).

El Santuario godo de San Félix, fundado por el rey *Witerico*, y denominado después *de San Pedro y San Félix*, estuvo situado, según las historias toledanas, en el lugar en que hoy se alza la Ermita de la Virgen del Valle, próxima al *cerro del Bú*, en el que estuvo el *castro militar* preromano, conocido después de la reconquista con el nombre de *La Torre de los Diablos*.

Juan Moraleda y Esteban.

(1) *Torre de los Demonios*—dice otro documento de la misma obra, pág. 54—sita al otro lado del Tajo sobre el molino de don Salvador, el Arcediano. El lugar en que las ruinas de la fortaleza existen, se llamaba en árabe *Borch-Ax-Sayathim* (*Torre de los Demonios*), en la era 1194.

SIDOL

El mejor brillo para metales superior a todos los presentados en el mercado.

Pedidlo en todas partes y rechácese todo bote que no tenga las siguientes palabras:

Únicas concesionarios

Hijos de Manuel Grases, Madrid.

FABRICA DE RELOJES
CARLOS COPPEL
Fuencarral, núm. 27, MADRID

Ultimas novedades en relojes de pulsera.—Unico depósito en España de los afamados RELOJES DE PRECISIÓN M. Z.—A cada reloj acompaña certificado de garantía.—Remesas a provincias.

LEYENDAS TOLEDANAS

Cree el vulgo que no existe nada, y sin embargo, no desmiente los rumores, no se opone a lo que dicen todos y a lo que él es el primero en asociarse, y hasta si llega el caso, en proclamar con admiración y embeleso, como prueba del misterio de estas calles.

Y es que quiere vivir la vida presente, que no le deja creer en nada, y no puede olvidar la pasada, que se sobrepone a todo porque es grande en todos sus actos y en todos sus detalles. Porque es dueña de las grandes hazañas y de las grandes heroïcidades; de todo lo regio, de lo sublime, de la gran belleza, absoluta y única.

Cuya maravilla subsiste en la tradición, la que aunque se obstinen en aparentar que no creen en ella, domina en todos los hombres, como reina y señora del mundo.

EL CRISTO DE LA VEGA

(Conclusión).

—Oh sí, como a ciertas horas estuviera el corazón al alcance de la daga, yo aseguro que no había de latir mucho.

No bien dichas estas palabras, Gualtero que las había oído y a quien iban dirigidas, se lanzó en medio del corro diciendo:

—No podrá estar al alcance de la daga sino por la traición; el que blande una tizona como ésta, tiene alientos en su alma y ve su amor correspondido.

—Pues quien esta daga clave en el corazón, lo hará por antes haber derribado en tierra con la fuerza de su espada a su rival: No hablemos más. Estoy pronto a hacer la prueba y de ese modo veremos si sois tan afortunado en pelear con hombres, como en rendir mujeres.

—En la basílica de Santa Leocadia espero.

—Allí estaré.

Esta escena fué presenciada por cuantos en la fragua del armero estaban, nadie, sin embargo, se preocupó en lo más mínimo, por ser lances tales, muy frecuentes en aquel sitio y estar, por tanto, a ellos acostumbrados. Pasado el incidente, continuaron las conversaciones, las bromas, los dichos ingeniosos, hasta que llegado el medio día cada cual se dirigió a su hogar.

..

Fría estaba la tarde del día en que ocurrió el suceso de que en el párrafo anterior se da cuenta; el cielo estaba nublado, la hermosa vega toleda, desprovista de sus ropajes de verdura. La invernada presentábase aquel año bastante cruda, y ante la vista sólo se extendía el panorama de los árboles sin hojas, las tierras pardas unas, rojizas otras completamente áridas por no haber aún brotado las simientes poco antes depositadas en su fértil suelo. Sirviendo de marco a esto, encontrábase las colinas de color rojizo que rodean Toledo, y al pie de ellas, marchando con alborotada corriente, el Tajó, manchando con sus rizadas espumas ambos lados de su anchuroso cauce. Grande era el silencio y la calma que en los alrededores de la basílica de Santa Leocadia se sentía; únicamente llegaban allí los lejanos ruidos de la ciudad,

que se confundían con los cercanos del río. Nadie cruzaba por aquellos senderos y diríase que la vega toledana era un campo abandonado completamente por la fecunda mano del labrador.

Al declinar la tarde, un nombre embozado en amplia capa, recatando el rostro con el embozo de ésta y con el ala del airoso sombrero que adornaba hermosa pluma blanca sujeta por rico joyel, bajaba procedente de la aún no reconstruida puerta de Cambrón, llegó a la basílica con precipitado paso; registró los alrededores de la misma, y dando muestra de gran impaciencia, esperó, bien que no durante mucho tiempo. Por el lado de la Puerta de Visagra, llegó a poco un joven, completamente desembozado, quien al encontrarse con el primeramente llegado, saludó a éste, acto de cortesía a que el otro contestó desembozándose.

Eran, pues, los que frente a frente estaban, D. Luis Portocarrero y el caballero Gualtero.

Pocas palabras hablaron. Traían prisa los aceros y estaban impacientes en sus vainas. Además cada rival tenía deseos de hacer desaparecer al otro. Sabía Gualtero las pretensiones que con su dama tenía D. Luis, y éste odiaba a aquél como a la persona que se oponía a su felicidad. Así, pues, bien pronto estuvieron las espadas en libertad, y aun antes de estarlo habían chocado. Larga fué la lucha, pues hábiles eran ambos contendientes. A cada cuchillada del uno, respondía el otro con un quite magistral; por último D. Luis perdió un golpe y Gualtero le hirió levemente, haciéndole caer a sus pies.

No bien ocurrido esto, Gualtero limpió su espada, la volvió a la vaina y con mesurada frase, dijo:

—Si hubiérais vencido, la daga del maestro Alonso de Sahagún hubiera buscado mi odiado corazón, y a estas horas, no latiría por aquella que no podéis hacer que os ame. He vencido yo, y siendo valiente como sois, no puedo mataros en tal postura; que tal hacer, ni sería noble ni caballero.

—Matadme—contestó D. Luis sintiendo su corazón traspasado por la generosa acción de Gualtero.

—Levantáos y volved a luchar,—dijo Gualtero, en tanto que le ayudaba a ponerse en pie.

—Imposible,—repuso el otro.

Por último, a instancias de Gualtero, volvieron a la lucha con mayor ardor que antes. D. Luis estaba ebrio de coraje, así que

cuanto mayor era éste, mayores eran las torpezas que cometía, con las cuales no tardó Gualtero en hacerle caer de nuevo.

Otra vez se repitió la escena de antes. Don Luis fué levantado por su rival, quien nuevamente le perdonaba la vida. Ante tal rasgo, D. Luis dió la mano a Gualtero.

—Podíais por dos veces haberme dado muerte; soy vuestro, pues. No tengo otro remedio para pagaros esta deuda que renunciar a mis pretensiones acerca de la hermosa dama que es dueña de mi albedrío. Esta noche salgo para mi país. Sed muy felices.

Dijo, apretó con fuerza la mano de Gualtero, y se marchó por donde vino, no sin antes embozarse en su amplia capa y recatar el rostro con el ala del sombrero.

Gualtero se disponía a marchar. Las campanas de la ciudad dejaron oír sus timbrados acordes, y bien pronto la de Santa Leocadia las acompañó invitando todas a la oración del crepúsculo vespertino. Al oír la esquila, Gualtero cambió su marcha y se dirigió al templo. Casi a oscuras, pues la última luz de la tarde no podía abrirse paso por las escasas vidrieras de la basílica, sin otra luz que la de la lámpara del Altísimo, Gualtero, cerca del Altar Mayor se consagró a la oración. Cuando más abstraído estaba notó que la imagen del Redentor Crucificado descendía el brazo, indicando la aprobación que le merecía la cristiana y noble conducta que el caballero Gualtero había observado con su rival D. Luis Portocarrero.

Divulgado bien pronto por la ciudad tan milagroso hecho, acudieron cuantos en Toledo había con objeto de ver por sus propios ojos el milagro, resto del cual aún se conserva, si no la imagen a que se atribuye, copia de ella, acrecentando la devoción de la conocida por el Cristo de la Vega.

..

El noble D. Luis Portocarrero, cumplió su palabra. Quien aquella noche pasara por la calle del Pozo Amargo, en vano intentaría divisar entre las tinieblas de la noche el doncel que hacía tiempo las pasaba todas en ella, rondando la casa de una de las más hermosas toledanas. Con el corazón destruido por la ausencia prometida, y, a sus ojos, el deshonor en su persona, cabalgaba don Luis a aquellas horas en su brioso caballo, en dirección a Andalucía, su país.

Juan Marina.

MATA TODOS LOS INSECTOS
el polvo insecticida «CAUBET»
que venden las droguerías, farmacias, ultramarinos y ferreterías.

Pedir las marcas de fama mundial «La Montenegrine», caja-fuelle, y «L'Eclair», bote-pulverizador.

Antonio Caubet, Sociedad Anónima.—Apartado 522, Barcelona.

TOLEDO LITERARIO

Hé aquí las bases de nuestro concurso de novelas cortas, anunciado en anteriores números:

- 1.^a Es condición precisa e invariable, que todas las novelas o cuentos, sean de asunto toledano o de autor toledano, en cuyo caso puede ser el asunto a su elección.
 - 2.^a Ningún trabajo deberá exceder de cuatro páginas de nuestra revista, del tipo ocho, o sea 2.200 palabras.
 - 3.^a Cada autor podrá enviar uno o más trabajos, escritos a máquina o en letra muy clara, en sobre cerrado, sin firma y con un lema, al que acompañará otro sobre, cerrado también, con el mismo lema, y en su interior el nombre y residencia del autor.
 - 4.^a Habrá un único premio, consistente en 50 pesetas, que se satisfarán la mitad en metálico y la mitad en ejemplares de los números en que se publique.
 - 5.^a El plazo de admisión empieza en 1.º de Abril y termina el 30 de Junio próximo.
 - 6.^a Un jurado, que anunciaremos después que haya dictaminado, elegirá el que debe ser premiado, como tantos otros merezcan el ser publicados, lo que haremos seguidamente, de acuerdo con sus autores.
- Todos los trabajos deben enviarse a estas oficinas, Núñez de Arce, 12.

A TOLEDO

Soneto.

Constante adorador de tu hermosura
vengo a tí con el ansia de la cita,
y una vez más mi corazón palpita
reclinada al mirarte en el altura.

A través de su gótica envoltura,
aún sueño ver la arábica mezquita;
aún tu historia en la piedra vive escrita,
y el Tajo al arrastrarse la murmura.

Si la tristeza en tí vence al contento,
no es que ni soledad ni desengaños
conmuevan tu magnífico cimiento;
es que, al llorar tus penas y tus daños,
sientes quizá, como también yo siento,
la nostalgia incurable de los años.

Manuel del Palacio.

A TOLEDO

Sobre el dorado Tajo reclinada,
ninfa desconsolada,
que en negra noche al suspirar del viento
discurriera la ardiente fantasía,
tú, ciudad inmortal, cuya influencia
se extendió cual el sol de oriente a ocaso,
te muestras hoy ante la vista mía.

Sirena de alto vuelo,
gozas soñando en plácido delirio
reconquistar un cielo
donde acabe por siempre tu martirio.
Y despiertas, y gimes.
Quieres volar, y están rotas tus alas,
aquellas que adornaron con sus galas
romanos, visigodos y musulimes.
Allí el circo, primor de arquitectura,
en que prueba la fe de su cultura,
con valor nunca visto,
el ibero discípulo de Cristo.
Allí el templo, certamen de doctores,
en que abjura piadoso sus errores,
sin prevención ni miedo,
el bendito germano Recaredo.
Allí Zokodover, con sus bazares,
servidos por Moraimas y Thamares.
Allí el arco lujoso,
por donde cruza Alfonso victorioso.
Allí Juan de Padilla
con el libre estandarte de Castilla.
Allí el dulce laúd de Garcilaso,
cuyas notas envidian los querubes.
Y allí el augusto alcázar, que aún la frente
eleva hasta las nubes,
digna mansión de reyes
que gobiernan al mundo con sus leyes.
¡Ay infeliz! De gloria tan preclara
¿qué fué, ilustre ciudad, como encerrara

tu sagrado recinto?
¿Qué fué de tu poder, que nadie doma,
prez de Cartago y Roma,
perla de Alimenón y Carlos Quinto?
¡Todo fugaz pasó! ¡Ya nada existe,
sino el dolor de quien al verte mira
lo que eres al presente y lo que fuiste!
Pero ¿a qué he de llorar? Cual el cometa
que deja en pos de sí huella luciente,
los tiempos que pasaron
su huella en tí dejaron.
Nueva Jerusalén ante las llamas
que en implacable encono
suben audaces al Excelso Trono,
cuando ya ni quedase
de lo que un día fuiste leve indicio,
alzárse tu Genio
y a tu justo clamor fuera propicio.
—«¡Toledo aquí existió!», diría la tierra.
—«¡Aquí Toledo fué!», gritara el Tajo.
Y con sonoro acento
—«¡Aquí Toledo!», repitiera el viento.
Y al sucederse en incesante curso
un siglo al otro siglo,
renacieras fantástico vestigio
del polvo de las ruinas evocada,
si en el impuro suelo destruída,
desde el etéreo cielo iluminada
por la mágica antorcha de la vida.

Abdón de Paz.

EXQUISITAS PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

MARCA **P U M** REGISTRADA

DE VENTA EN TODAS PARTES ——— LAS MEJORES

Depósito en Madrid: MANTEQUERÍAS LEONESAS, Nicolás M.^a Rivero, 8 y 10.

TURISMO

Es nuestro deber, si queremos cumplir como corresponde a nuestro rango, noble cual ninguno, dedicar a esta sección, tan material pero tan práctica, la mayor atención, como si se tratara de la más interesante de nuestra revista.

Es ella la propagadora de buenas direcciones, que han de proporcionar al viajero, que nos honre con su visita, la atención a su vivir prosaico, pero que es su vida como es natural, y para lo cual él tiene su cariño y nosotros el mayor respeto.

Y es justo, pues, que exista esta sección y que la hagamos, románticamente, sin más ideal que el de halagarle.

EL ESCORIAL

Hotel Reina Victoria.

BILBAO

Hotel Inglaterra.

ZARAGOZA

Hotel Internacional.

ALICANTE

Hotel Samper.

MELILLA

Hotel Reina Victoria.

CÁDIZ

Hotel Francia y París.

CARTAGENA

Hotel Francia y París.

MÁLAGA

Hotel Regina.

MURCIA

Palace Hotel.

PALMA DE MALLORCA

Gran Hotel Villa Victoria.

OPORTO

Hotel París.

LISBOA

Hotel Central.

Nuevo Hotel «GRANULLAQUE» RESTAURANT

Barrio Rey, 2, 4 y 6, Teléfono 14. — TOLEDO

Edificio construido expresamente para hotel e inmediato a Zocodover, Central de Correos y de Ferrocarriles, Banco, etc.

Confortables habitaciones con balcones a la calle y plaza de Barrio Rey.

Mobiliario completamente nuevo y moderno.

Timbres y alumbrado eléctrico. Water-closet y baño.

Gran salón-comedor con mesas independientes.

Intérprete y coche propiedad del Hotel a la llegada de los trenes.

BURGOS

Hotel Universal.

CÓRDOBA

Hotel Suizo.

SAN SEBASTIÁN

Hotel Continental.

SALAMANCA

Hotel Comercio.

SEGOVIA

Hotel París.

TARRAGONA

Hotel Europa.

PAMPLONA

Gran Hotel.

LOGROÑO

Hotel París.

ARANJUEZ

Hotel Gallo.

SEVILLA

Hotel de Oriente.

GIBRALTAR

Gran Hotel.

VALLADOLID

Hotel Moderno.

GUADALAJARA

Palace Hotel Español.

VITORIA

Hotel Quintanilla.

PALENCIA

Central Hotel.

PONTEVEDRA

Hotel Méndez Núñez.

CORUÑA

Hotel de Francia.

LUGO

Hotel Méndez Núñez.

VALENCIA

Hotel Reina Victoria.

IRÚN

Palace Hotel.

CIUDAD REAL

Hotel Pizarroso.

OVIEDO

Nuevo Hotel París.

GRANADA

Hotel Washington.

ORENSE

Hotel Roma.

GIJÓN

Hotel La Iberia.

LÉRIDA

Palace Hotel.

HENDAYE

Hotel de France et d'Anglaterra.

ZAMORA

Hotel Comercio.

LEÓN

Hotel París.

SANTIAGO

Hotel Suizo.

Nuevo HOTEL ROMA, Gran Vía, MADRID